

La historia de Marsyas

Un día, la diosa Atenea encontró un hermoso, largo y delgado hueso de venado. Era un objeto muy bonito y ella quiso hacer algo que fuera tanto útil como atractivo. Decidió lo que iba a hacer y empezó a trabajar en el hueso con gran cuidado e inspiración. Le cortó ambas orillas, lo limpió por dentro y le hizo unos hoyos a todo lo largo. Finalmente, diseñó una hermosa boquilla en la punta. Cuando hubo terminado, puso la boquilla entre sus labios y empezó a soplar, poniendo sus dedos arriba y abajo de los hoyos. Hermosos sonidos salieron del instrumento que había creado. Era la primera flauta del mundo.

La diosa estaba encantada con su nueva creación y nunca se cansaba de tocarla. Sin embargo, en una ocasión, cuando estaba tocando para los dioses del Olimpo, notó que Hera y Afrodita la estaban observando fijamente e intercambiando secretos y risitas.

"Si tan solo pudieras ver tu cara cuando le soplas a esa cosa, entenderías porqué nos estamos riendo", dijeron las dos diosas.

"Elas deben estar celosas de mí", replicó Atenea y se fue a tocar su flauta cerca de la orilla de un río donde pudiera ver su propia imagen mientras soplabla. Cuando vio como sus mejillas se inflaban y como su hermosa cara se distorsionaba por el esfuerzo de soplar, comprendió que Hera y Afrodita no podían ser culpadas por reírse a escondidas. En una súbita explosión de enojo, arrojó su flauta lejos gritando: "¡Miserable juguete!, Por tu culpa he sido insultada. Maldigo a cualquiera que te recoja y te ponga en sus labios".

La flauta que había sido arrojada por Atenea fue encontrada por Marsyas. Sin sospechar nada de la maldición, levantó la flauta, gustoso de su forma y decidió quedarse con ella. Con el tiempo,

se encariñó con la flauta y aprendió a tocarla tan bien que cualquiera que lo oía tocarla decía que ni siquiera Apolo podía tocar de forma tan hermosa. ¿Cómo iba a saber el desafortunado Marsyas que la maldición de Atenea pesaba sobre él? Nunca había sido presumido, pero ahora comenzó a decirles a todos que él podía crear música aún mejor que Apolo, el de dorada cabellera.

No pasó mucho tiempo antes de que el Dios de la música apareciera ante el desafortunado sátiro. Apolo estaba magníficamente vestido y bajo su brazo llevaba su lira de oro. Las nueve Musas acompañaban al brillante dios. "¿Cómo te atreves a llamarte un mejor músico que yo?" Apolo reclamó. "¿Puede haber alguien en el mundo, Dios o mortal, cuya habilidad en la música se pueda comparar con la mía?"

"Todo lo que necesitamos hacer es ponerlo a prueba", replicó Marsyas fríamente. "Deja que tus nueve hermanas juzguen quién de nosotros toca mejor. Pero quien quiera que sea el ganador puede imponer cualquier castigo que desee al perdedor".

"Tonto Marsyas, ¿Qué palabras insolentes fueron esas? ¿Imaginaste que un simple sátiro podría probar sus pobres destrezas contra un Dios poderoso? ¿Y tú no sabías que a los inmortales no se les debe insultar y que son crueles mas allá de la imaginación cuando quieren precisar un castigo?". La respuesta de Apolo fue fría y terrible. "¡Yo te venceré y te desollaré vivo por tu insolencia!", Gritó, mientras su cara se llenaba de rabia. Pero Marsyas parecía despreocupado y, poniendo la flauta en sus labios, empezó a tocar. Las Musas lo escucharon asombradas. Incluso Apolo pensó que sus oídos lo estaban traicionando. La música que fluía de la flauta

de Marsyas era tan perfecta que ni un Dios ni un hombre podrían mejorarla. A continuación, era el turno de Apolo. Aunque su música era tan buena como la de Marsyas en todos los sentidos, no era mejor. Así las Musas fueron incapaces de declarar a cualquiera de ellos ganador.

Para estos momentos, Apolo hervía en coraje. Estaba decidido a vengarse del sátiro que lo había hecho menos, por medios legales o ilegales.

"Muy bien" replicó, ¡Ahora tocaremos con nuestros instrumentos al revés!"

Así que el Dios, sosteniendo su lira al revés, tocó de la misma sublime manera que lo había hecho anteriormente. Pero una flauta, no se puede tocar al revés, y el pobre de Marsyas no pudo tocar una sola nota de su instrumento.

Así que las Musas declararon a Apolo como el ganador.

La venganza del Dios cayó sobre Marsyas como un rayo, y el pobre sátiro murió con una espantosa agonía por haber osado retar a un inmortal.

Las ninfas del bosque lloraron por Marsyas y lo enterraron en las orillas del río. Las Musas sintieron pena por el desafortunado sátiro y le rogaron a Zeus que tuviera piedad de él. El gobernante de Dioses y hombres escuchó sus plegarias, así que Marsyas no descendió a la profunda obscuridad de Hades. Por el contrario, su alma fue liberada en las aguas del río que fluía musicalmente como si verdaderamente estuviera tocando una flauta, y la gente escucha su canción con agrado. Pero cuando el río recuerda la cruel venganza de Apolo, sus aguas se ensombrecen con ira y rugen en forma amenazante, dispersando miedos y pena en su recorrido.